

LA DIOSA Y EL LLAMADO

Comentarios a dos libros de Juan Drago

Entrar en la poesía de Juan Drago es entrar y profundizar en el binomio del ser humano y la naturaleza.

Juan Drago es un poeta de esencialidad lírica, que no busca tanto la comunicación cuanto la dilucidación. Juan Drago no poetiza las cosas, sino que busca en sí mismo el elemento poético que substancia su realidad y su idealidad como sujeto vivo en una naturaleza condicionante y con una conciencia que llama a las puertas del misterio.

Juan Drago, con poco más de cuarenta años, ha publicado media docena de libros que categorizan su presencia en la poesía más seria del actual panorama español. Juan Drago escribe desde esa hermosa parcela del sur de España que inmortalizó Juan Ramón Jiménez, y pertenece al grupo que sustenta la Fundación Odón Betanzos Palacios, ese poeta que, como Juan Ramón mismo, ha dejado en los Estados Unidos un rastro feliz de poesía española.

Después de *Cartas a nadie*, después de *De la luz en el agua*, después de *Con un río en los brazos*, Juan Drago es autor de dos libros que definen sendas actitudes: *Ámbito de la diosa* y *Cantos del llamado*. De estos dos libros trae poemas aquí, esta noche.

Ámbito de la diosa es un acercamiento del ser humano a la naturaleza. Los seres vivos se hallan implicados en el ámbito que los envuelve: el paisaje y sus elementos de flora y fauna forman un ámbito tan bello como misterioso en sus correspondencias. La naturaleza es una diosa de superiores poderes sobre cuanto en ella habita.

La contemplación del paisaje no es realista, sino modificada por la imaginación. Juan Drago no es un poeta geográfico ni paisajístico. No copia lo que ve o, por mejor decir, no ve lo que existe, sino lo que recrea. Para la pupila del poeta no hay mar y cielo, sino una naturaleza maravillosa en donde ambos se imbrican en abrazos de bella y mutua comunicación. Por eso hay águilas hondas y hay peces altos. Una segunda persona –quizá la amada– cruza por ese paisaje intermedio y recíprocamente sostenido. Es una visión fugaz que parece querer añadir temblor humano al “aguacielo”, al “luzmar” que surge nuevo del poema, hijo de una visión imaginativa en la que se intuye la influencia de la geografía del sur andaluz, con sus limoneros dorados y sus dunas blancas.

La poesía de este libro aprehende el paisaje para hacerlo consubstancial con el amor. Un amor real y físico o inventado y poético: la mujer o la poesía van a ser transeuntes de estos panoramas, apresadas por algo tan sutil y contradictorio como son "los garfios del viento". Con tan bella imagen, Juan Drago, inconscientemente quizá, entrega su poesía al deseo de realidad y al ansia de evasión. Garfio y viento: carne y sueño, diríamos.

La poesía de Juan Drago –ya he dicho que es esencial- se despoja de lo accesorio, pero, con un delicado esteticismo, selecciona el lenguaje en función de su belleza. Sus poemas son como las marismas a las que acude: espejos finamente bruñidos en donde vagas nubes reflejan sus informes formas cambiantes.

Juan Drago deifica el paisaje que, ya hecho dios, le contagia y le embriaga, porque se lo bebe poéticamente. Es como una ebriedad que transforma su propia vida.

Hacia donde, entregada, iría sola la vida
Si no la contemplaran los ojos en secreto.

Los ojos embriagados miran secretamente a la naturaleza que es la vida, y se identifican con ella. Con todo, el poeta no se siente satisfecho: su sed necesitaría más para colmarse:

Oigo la fuente que no veré jamás

Ve la vida, pero no la fuente de donde brota, no su misterio. Ve la naturaleza, pero no los veneros de sus milagros. Quizá por esa insuficiencia cree que no puede ser el cantor del paisaje. Sólo puede estar callado. Y la manera de estar callado que tiene el poeta es asumir la belleza y convertirla en poesía.

Sólo cuanto abandona la contemplación para volverse sobre sí mismo puede cantar, puede alzar los Cantos del llamado, los poemas heroicos –diríamos- de su propia y personal aventura anímica.

Al fondo de lo oscuro hay una puerta

Este verso puede ser la síntesis del íntimo conflicto que moviliza los poemas. Aquí ese "oscuro" debe entenderse como el reducto de la conciencia, y la puerta buscada es la salida hacia la luz, hacia la comprensión.

La simbología de fondos oscuros y herméticos alterna con la de un jardín. Un jardín interior donde hay aves que, según piensa, le conocen mejor que él mismo. Es, pues, una invocación al

subconsciente. Si en algunas imágenes del libro anterior pudimos pensar en una lejana reminiscencia surrealista, en esta autoobservación la subconsciencia aflora. Es asimismo aludida en otros versos:

En el fondo de cada hombre hay una estatua
que habla por el envés de sus palabras

Y solo cuando el hombre duerme, las estatuas desnudas chapotean,
esto es: se mueven en el pantano de lo onírico.

Por ese hilo quiere sacar el poeta el ovillo esclarecido, y llega a
la conclusión de que

Si hay luz, está en mí.

Es, pues, lo que el hombre tiene de único lo que estos poemas cantan. No es propiamente la soledad, sino la radical e íntima unicidad. En ella hay una luz interior que el hombre busca, guiado por algo: por un sonido oculto que le llama. De suerte que el poeta es "el llamado". Nos lo confirma en un verso: "Llamado soy". Y nos preguntamos: ¿llamado, por quién? Y tendríamos que contestarnos que por el misterio de una anhelosa e indefinible espera.

Llamado y llamante, esto es: el poeta y el misterio, entablan en el libro una dialéctica que a mí me ha recordado un poco la tensión del juanramoniado dios desenante y deseado, si bien la posible influencia de Juan Ramón Jiménez creo que le llega a su paisano Juan Drago desde el gran poema *Espacio*, sobre todo desde el primer fragmento, donde las marismas, llenas de bellos seres libres esperan en un árbol, un agua, una nube. En los poemas de *El llamado* también vuelven desde el otro libro anterior la marisma y el águila y la duna.

Una cierta fascinación por el mundo griego trae al poeta a ese otro misterio de los oráculos y a la teogonía de Hesiodo. ¿A qué oráculos interroga Drago, tras dejarse cautivar por el encanto mítico? Quizá a su propio oráculo, quizá el hombre aspira siempre a ser conocedor de sí mismo. El olvido y la memoria, el agua del Leteo y la musa Mnemosyne cruzan bellamente por la primera parte del libro que está dominada por la indagación. La segunda parte –los propios cantos que le dan título– entra en el éxtasis. En ellos Juan Drago alcanza una impresionante altura lírica. De su lectura salimos preguntándonos si será el alma la estatua que el poeta descubre dentro del hombre o si será la conciencia. Simbología extraña y hermosa que emana un zozobante encanto.

La poesía, tal como la concibe Juan Drago, es una carta escrita a sí mismo. Si alguien la lee, podrá descubrir la soledad radical –esto es: la raíz de soledad- de un existente que escribe cubriendo exactamente el tiempo de su existencia, limitada por una puerta que se abre a la sombra, al silencio de las estatuas, esto es: a la muerte. El poeta se pregunta qué salva con su escritura. No puede salvar sino, simplemente, el hilo de luz ansiada, que el poeta compara con una arañita –la imaginaríamos mejor como pequeña luciérnaga-, arañita en la umbría del pecho, lo que quiere decir en las anfractuosidades de la conciencia.

Una interpretación libre y, por supuesto, nada crítica, quizá nos permitiera concluir –jugando con los títulos de estos dos libros- diciendo que la “diosa” es la poesía –como iluminación y destino- y que “el llamado” es el poeta –como hombre indagador de sí mismo, atraído por el misterio de la propia existencia-.

Una vez más, el reino de la poesía sí es de este mundo: del mundo de la conciencia de cada cual.

LEOPOLDO DE LUIS

(Presentación para una lectura de poemas de Juan Drago, en la Asociación de Escritores y Artistas Españoles, de Madrid, la tarde del 14 de abril de 1993)